

Colectivismo bélico: el poder, las empresas y los intelectuales

Murray Rothbard, 1972

Anthony Parra Ledezma

Unión Editorial trajo hace tres años a lengua hispana un tipo de obra de Murray Rothbard no sólo inédita en español, sino peculiar en el autor. Esta obra nos trae el espíritu del recorrido histórico característico de Rothbard, preocupado por el manejo de las élites gobernantes en relación con uno de los mayores males generados por la humanidad: la guerra. Entre tanto, nos presenta un relato de la historia estadounidense en el siglo XX. El libro en cuestión titulado editorialmente *Colectivismo bélico: el poder, las empresas y los intelectuales* agrupa dos artículos recopilados del autor escritos en dos momentos distintos de su vida sobre un mismo problema. El relato histórico de los dos escritos de Rothbard en el libro versa sobre un fenómeno que azotó a Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial y extendido a la postguerra llamado *colectivismo bélico*, el cual, cambiará el actuar empresarial norteamericano hasta nuestros días.

Antes de proseguir con más detalles sobre el contenido de la obra, quiere hacerse por el escribiente una observación acerca de esta primera edición. Es menester resaltar la proveniencia de los artículos en cuestión; salvo el segundo artículo, el primero no se le documenta su publicación original, lo cual puede aparentar para lectores iniciados en relación a Murray Rothbard o desinformados como una obra única del autor y no dos artículos distintos escritos en distintas etapas de la vida del autor; también, se considera que la nota de pie de página de la edición del *Mises Institute* en inglés describe el historial de publicación del segundo artículo de forma más enriquecedora que el publicado en esta edición en español y puede aportar al lector un saber enciclopédico vasto para siguientes ediciones; sin embargo, estos comentarios no quitan la calidad de impresión, el cuidado de esta edición y la precisión de publicación del texto, puntos a tomar en cuenta y que muchos lectores —como el escribiente— acogen y acogerán con beneplácito.

Así planteado el eje de ambos artículos y hecha la observación, esta reseña abarca ambos artículos. El primer artículo titulado por el autor como *El colectivismo bélico durante la Primera Guerra Mundial* fue publicado en 1972 en New York; en cambio, el segundo artículo tiene una diferencia de catorce años en relación con el primero, este segundo artículo es originalmente una conferencia en el *Pacific Institute* en 1986, reeditada por el autor en los años siguientes y publicada póstumamente en 2007 por el *Mises Institute* bajo el título *La Primera Guerra Mundial como consumación: el poder y los intelectuales*; el *colectivismo bélico* no se explicita en el segundo artículo, y no se hace no porque no haya *colectivismo bélico* allí donde se estudia,

sino por el cambio de enfoque. Ahora bien, ¿qué es esto llamado *colectivismo bélico*? Esto es según el propio autor en el primero de los dos artículos¹:

una economía totalmente planificada dirigida principalmente por los intereses de las grandes empresas a través del medio del gobierno central, que sirvió como modelo, precedente e inspiración para el capitalismo corporativo de estado del resto del siglo XX

Puede leerse en el extracto un énfasis en una especie de “forma de transición” a la figura del Estado Corporativo; más, su atención sobre el *colectivismo bélico* gira en torno a la vida estadounidense, por ser para Rothbard, donde la estructura empresarial estadounidense se desvía del orden que había llevado años antes. En el *colectivismo bélico* o colectivismo de guerra se les muestra ya a las grandes empresas la poca necesidad de competir en el mercado en un nuevo orden de gobierno fuerte y centralizado, donde las subvenciones y privilegios abundan para un grupo de empresas sedientas de lucro.

El segundo artículo de 1986 circula, en cambio, con énfasis en la idea del *progresismo*. El *progresismo* es el movimiento que se mueve bajo el hecho histórico del *colectivismo bélico*, objeto directo del primer artículo. Son las ideas que están detrás del sistema. Este movimiento de ideas consiste en esa simbiosis de intelectuales o simples defensores del estatismo y grandes empresarios que, a través del gobierno, buscarían conseguir sus intereses y valores. Por un lado, los defensores del estatismo e intelectuales podrían conseguir trabajo en el gobierno para continuar la planificación; por otro lado, las empresas conseguirían instrumentalizar el gobierno para generar una economía cartelizada que regulara la competencia, los precios y la producción a su propia comodidad. Todo ello con la fuerte convicción de ofrecer un sistema intermedio entre el irrealizable marxismo y el canibalismo del libre mercado.

Sentadas las bases temáticas de ambos artículos, valdría la pena preguntarse: *¿qué puede encontrar de particular el lector en ambos artículos?* El primer artículo —en relación con obras como *El Capitalismo del Pentágono: la economía política de guerra* (1970) de Seymour Melman o *Burocracia* (1944) de su maestro Ludwig Von Mises—, se distingue por su arraigo en un radical individualismo metodológico al estudiar fenómenos sociales. En esta obra, Rothbard, como un detective, pretende exponer —apuntando con todas las luces del auditorio— a los causantes individuales de todo este ingenioso artefacto, uno a uno. No pretende hacer teoría política, sino exponernos el teatro de la política del *colectivismo bélico*.

El modo de proceder del segundo artículo, como pasa en el texto anterior, se enfrenta con un problema *in extenso* tratado: los intelectuales. Nuestro autor sabe lo anterior y cita, como ejemplo, la obra de Robert Higgs *Crisis y Leviatán* (1987). Rothbard pretende traer otro enfoque que priorice el papel de los intelectuales en un marco conceptual más amplio, el intelectual *no*

¹ Nos referiremos en toda la reseña como “primer artículo” al artículo escrito en 1972 titulado “*El colectivismo bélico durante la Primera Guerra Mundial*” y como “segundo artículo” al posterior, escrito en 1986, con título “*La Primera Guerra Mundial como consumación*”.

sólo como teórico riguroso sino también como cualquier creador de opinión en la sociedad. Con esta concepción en mente, pretende priorizar la influencia religiosa no hecha por autores como Higgs, en particular el pietismo, una fortaleza espiritual no menor para Rothbard, es una de las causas de la ampliación del Gobierno en la vida estadounidense. ¿Qué ha sacado a relucir con este modo de proceder? Vale empezar por el primer artículo para saberlo.

En el primer apartado del primer artículo, Rothbard se dedica a rastrear los antecedentes del Consejo de Industrias Bélicas (CIB). El CIB fue la agencia central del colectivismo de guerra en la Primera Guerra Mundial. ¿Quiénes conformaban este grandilocuente consejo de funciones públicas? Claramente, los más interesados en el bien común y no en ganancias económicas: líderes de grandes empresas (Rothbard ofrece una lista polémica de nombres) de distintos sectores; todos, dirigidos por el capataz Bernard Baruch, regularon la producción y precios a sus competidores a su antojo y directriz. Para llegar a este Consejo se pasó primero por múltiples comités, cada uno encaminado para la guerra; primero como el Comité de Preparación Industrial (CPI) en 1916 y luego, a finales de ese mismo año, como el Consejo de Defensa Nacional (CDN). Rothbard menciona cómo el presidente Wilson confirió al CDN no solo el papel de organizar todo el mecanismo industrial, sino de manejar el suministro completo de compra para la guerra, censura de prensa y control de alimento meses antes de anunciar la participación en la guerra; con esto, puede verse cómo va de la mano el engranaje industrial con el bélico, pues ambas están sometidas a un mismo departamento hasta llegar a la autoridad suprema del CIB.

¿Cómo logró el CIB que todas las grandes empresas involucradas pudieran establecer la fijación de precios en su beneficio y privilegio sobre el resto de las empresas? Rothbard responde con la retórica de sus protagonistas. La propuesta, con varios ejemplos recopilados por el autor, se vendió a la población como una forma de garantizar un “beneficio justo”, un modo de fomentar la cooperación en pro de proteger al pueblo de la acción voraz competitiva (¡organizada por otros competidores!). Detrás de las cortinas del discurso, la industria de la harina fue cartelizada, se le obligó al gobierno cubano a vender a precios inferiores el azúcar en situaciones de escasez de recursos y mucho más. Las empresas que rechazaban unirse a este cartel económico eran tachadas de individualistas y en contra del servicio patriótico de emergencia. Pocas empresas en determinadas industrias —como se ilustra con la del acero—, se resistieron a los esfuerzos de las grandes empresas (citadas con nombre y apellido), pero no duró mucho; en otras industrias, como la ferroviaria, el apoyo se hacía no solo desde las élites sino también desde los grupos sindicales.

Luego de exponer la expansión del *colectivismo bélico* en los Estados Unidos en el primer apartado del primer artículo y de cómo se insertaba la cartelización y el amiguismo político entre los empresarios y los burócratas en la Primera Guerra Mundial, Rothbard intenta convencernos con citas y momentos históricos particulares el cómo los jefes de orquesta de este lucro de la guerra —como era de esperarse— no pretendían dejar esto hasta la guerra, sino perpetuar la fiesta y el derroche después de la guerra en “beneficio de la acción común”. Principalmente,

destacan Bernard Baruch y Herbert Hoover en este apartado —este último apodado por Rothbard como el “zar de la alimentación”—, el autor norteamericano hace con gran esfuerzo un seguimiento de sus múltiples acciones y argumentos para convencer de la idea de perpetuar el orden estatista que se proponían. Llama la atención el papel decisivo de Herbert Hoover, organizador del cartel alimentario, como personaje vital también del New Deal.

De esta manera, en el segundo artículo, compuesto de siete secciones, vuelve sobre algunos de los mismos personajes, pero ahora priorizando otros puntos de vista en el escenario como otros sucesos. El inicio de este segundo artículo expone cómo piensa proceder Rothbard en este artículo con énfasis en la influencia religiosa pietista. La segunda sección del artículo aborda uno de los campos de batalla de los defensores del pietismo: *el alcohol*. La ley seca pretendía, por los pietistas, realizar un cambio espiritual, por un lado, de la población estadounidense, y, por otro no menos importante, generar un *Gran Gobierno* por ser el instrumento que eliminará el pecado y acelerará la llegada de Jesús. Rothbard rastrea el paso a paso de cómo con razones plausibles para la mayoría de los ciudadanos, los pietistas se abrieron camino con regulaciones que los llevarían hasta la Decimoctava enmienda constitucional. Prohibido el alcohol en todos los Estados Unidos, la quimera hecha realidad los motivaría a una mayor: un prohibicionismo mundial.

La tercera y cuarta sección relatan otro campo de batalla pietista muy estratégico y condenable: *la instrumentalización del voto femenino*. Los pietistas, para el autor americano, se aprovecharon de la vida doméstica de la mayoría de las mujeres estadounidenses, frente a la vida de actividad política femenina pietista para promover el sufragio femenino. Llaman la atención las razones de discutir sobre la eliminación del alcohol en la vida de los soldados en estos espacios con fines de sufragio universal; más aún, es lamentable, cómo las líderes del llamado Comité Femenino del Gobierno estadounidense promovieron una “movilización educativa patriótica” de millones de mujeres para *americanizar* extranjeros con influencias de Herbert Hoover y la cartelización de empresas. Rothbard recorre cómo a las mujeres se les hizo parte de un engranaje que respondía a los intereses de las cartelizadas élites bajo la máscara del sufragio.

La siguiente sección trae a las figuras de *New Republic*. Este medio —nos dice Rothbard— fue dominado por intelectuales progresistas que promovieron la guerra. Considera el autor —dentro de los personajes mencionados—, a John Dewey como el más elevado intelectual progresista que, además, no deja atrás su influencia pietista. En general, los intelectuales de este momento de la *New Republic* estaban encantados con el “espíritu bélico”, cada uno según sus fines. Por estos fines, plantea Rothbard, la revista y sus participantes tuvieron que volverse defensores de todo el orden cartelizado de guerra y de la guerra misma. Las últimas dos secciones van de la mano del campo científico al que Rothbard, en otras obras, ha dedicado más erudición: la economía. Llama la atención el rol de los estadísticos y economistas empíricos en el control de la economía bélica para Rothbard.

El autor se fija en la penúltima sección en el rol de la Escuela Histórica alemana en la formación estadounidense. El pensador que llevó estos conocimientos a Estados Unidos fue Richard Ely. Este último pietista será el personaje que introducirá un pensamiento económico curiosamente conveniente para las élites. Minuciosamente, nuestro autor norteamericano rastrea sus discípulos e influencia en la vida política y universitaria norteamericana; en la última sección, en cambio, Rothbard nos trae razones de cómo las estadísticas se pusieron al servicio de los intereses de las élites y de la importancia de las estadísticas para los gobiernos de administración centralizada, como también, el movimiento de empresas progresistas a la investigación estadística. Detrás de algunos economistas estadísticos se movía un interés de cartelización (promovido curiosamente también por Herbert Hoover). Destacan dentro de los economistas recorridos Edwin Gay, Wesley Clair Mitchell e Irving Fisher.

La obra inédita en español de este autor publicada bajo el nombre de: *Colectivismo bélico: El Poder, las Empresas y los Intelectuales durante la Primera Guerra Mundial* es un recordatorio de que, el fundador del Partido Libertario de Estados Unidos por excelencia tiene algo que decirnos con actualidad, principalmente a los más optimistas: sea un optimismo hacia intelectuales, hacia políticos o hacia empresarios. Esta obra nos dibuja los intereses que movieron la institución de la guerra, la perversidad y el capricho de fondo en uno de los momentos más vulnerables de la humanidad, donde más se necesitó unión y esperanza abundó la injusticia y la perfidia. Este relato invita al pensamiento detenido sobre las acciones de las élites. Intelectuales, políticos, empresarios y sindicalistas vieron la oportunidad, todos por igual, de cumplir sus mayores aspiraciones, ocultas a través del antifaz del patriotismo de la defensa nacional, del desarrollo social y humano; más aún, con miras a conseguir un gobierno controlador de la sociedad en la que cumplir todos sus más privados sueños, sus atropellos más anhelados. Los ciudadanos fueron convocados a edificar a un mundo del que, sin saberlo, serían parte, y que, sin saberlo, representaría la peor de sus desgracias.